



testimonio entre nosotros y entre nuestra estirpe y la vuestra, de que servimos á Jehová y tenemos derecho de ofrecerle holocaustos, víctimas pacíficas y hostias, y que vuestros hijos no digan el día de mañana á los nuestros: No teneis parte en Jehová. Y nos hemos dicho: Si vienen á hablarnos de esta suerte, ó á nuestros descendientes, responderemos: Ved esta semejanza de altar de Jehová que elevaron nuestros padres, no para ofrecer en él holocaustos ó sacrificios, sino para que sea testimonio entre nosotros y vosotros. Lejos de nosotros el crimen de rebelarnos contra Jehová, de abandonar sus huellas en este día, edificando un altar para ofrecer holocaustos, sacrificios y víctimas, sino en el altar de Jehová nuestro Dios, que está á la entrada de su tabernáculo.»

Habiendo oido Fineés y los príncipes de Israel estas palabras, se apaciguaron. «Ahora sabemos, dijo Fineés, que el Eterno está en medio de vosotros, puesto que estais ajenos de semejante prevaricación, y que habeis librado á los hijos de Israel del temor de su venganza.» Volvióse en seguida con los príncipes que le acompañaban de la tierra de Galaad en la tierra de Canaan, á los hijos de Israel, y dióles cuenta de lo sucedido. Todos los hijos de Israel quedaron satisfechos y alabaron á Dios, y despues no hablaron más de salir á combatir contra ellos, ni de destruir la tierra que poseian.

En cuanto á los hijos de Ruben y los hijos de Gad, llamaron el altar que habian edificado Testimonio, diciendo: «Será testimonio entre nosotros de que Jehová es nuestro Dios (1).»

Cuando, despues de muchos años, Josué era anciano y de edad muy avanzada, convocó una asamblea general de todo Israel: desde luego á los ancianos, los príncipes, los caudillos, los magistrados, que reunió probablemente en su ciudad de Thamnath-Saré, y les dijo: «Yo soy viejo y me hallo en una edad muy avanzada. Vosotros veis todo lo que el Señor Dios vuestro ha hecho con todas las naciones que teneis al rededor, y de qué manera él mismo ha combatido por vosotros. Considerad que ahora os ha repartido por suerte toda la tierra, desde la par-

(1) Josué, 22.

te Oriental del Jordan hasta el Mar Grande, y que quedan aún muchas naciones: el Señor Dios vuestro las exterminará y disparará de vuestra presencia, y poseereis la tierra, como os lo ha prometido. Solamente que seais esforzados y solícitos en guardar todas las cosas que están escritas en el libro de Moisés, y no os desvieis de ellas ni á la diestra ni á la siniestra. Y despues que entreis en la tierra de estas gentes, que han de entrar entre vosotros, no jureis por el nombre de sus dioses, ni los sirvais, ni los adoreis; mas estad unidos al Señor Dios vuestro, como lo habeis hecho hasta este día; y entonces el Señor Dios disparará de vuestra presencia estas gentes grandes y muy fuertes, y ninguno os podrá resistir. Uno solo de vosotros perseguirá á mil enemigos, porque el Señor Dios vuestro combatirá él mismo por vosotros, como lo tiene prometido. Esto sólo habeis de procurar diligentísimamente, que ameís al Señor Dios vuestro. Mas si quisiérais adheriros á los errores de estas gentes que habitan entre vosotros, y mezclaros con ellos por matrimonio y contraer amistades, tened entendido ya desde ahora que el Señor Dios vuestro no las exterminará de vuestra presencia, sino que serán para vosotros un hoyo y un lazo, y un tropiezo que tendreis al lado y una espina en vuestros ojos, hasta que os quite y exterminé de esta excelente tierra que os ha dado. Ved que yo estoy para entrar en el camino de toda la tierra, y reconocereis de todo corazón, que el Señor no ha dejado sin efecto ni una sola palabra de todas las que os prometió que cumpliría. Pues así como de hecho ha cumplido todo lo que prometió y todo os ha sucedido prósperamente, así también enviará sobre vosotros todos los males que tiene amenazados, hasta quitaros y exterminaros de esta tierra muy buena que os ha dado, porque habeis traspasado el pacto del Señor Dios vuestro que estableció con vosotros, y habeis servido á dioses ajenos y los habeis adorado; el furor del Señor se levantará pronta y velozmente contra vosotros, y sereis echados de esta tierra excelente que os ha dado (1).»

(1) Josué, 23.



Despues de haber así afirmado en el bien á los jefes del pueblo, se dirigió con ellos á Sichein, en donde todas las tribus debian reunirse delante del Eterno, es decir, delante de su arca de la alianza, que habia sido llevada á este lugar desde Silo, que no estaba lejos. Sichein estaba situada entre los montes Garizim y Hebal, en donde habian sido pronunciadas las bendiciones y las maldiciones solemnes, en donde el pueblo habia renovado su alianza con el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; en donde habia habitado Jacob con sus hijos, padre de las doce tribus de Israel, actualmente tan florecientes; en donde se alzaba la vieja encina bajo la cual Jacob habia enterrado los ídolos de las gentes de su pueblo.

Estando allí delante del Eterno los príncipes, los caudillos y los magistrados, Josué habló así á todo el pueblo: «Hé aquí lo que dice Jehová, el Dios de Israel: Vuestros padres, Tharé, padre de Abraham y de Nachor, habitaron desde el principio de la otra parte del rio, y sirvieron á dioses ajenos; mas yo saqué á vuestro padre Abraham de los confines de la Mesopotamia, y le traje á la tierra de Canaan, y multipliqué su linaje y le di á Isaac, y á este di también á Jacob y á Esaú, de los cuales á Esaú di el monte de Seir para que lo poseyese; mas Jacob y sus hijos descendieron á Egipto. Y envié á Moisés y á Aaron, y castigué á Egipto con muchas señales y portentos. Y os saqué á vosotros y á vuestros padres de Egipto, y llegásteis al mar, y los egipcios persiguieron á vuestros padres con carros y caballería hasta el mar Bermejo. Mas los hijos de Israel clamaron al Señor, el cual puso tinieblas entre vosotros y los egipcios, y condujo sobre ellos la mar que los cubrió. Vuestros ojos vieron todas las cosas que hice en Egipto, y habitásteis mucho tiempo en el desierto, y os introduje en la tierra del amorreo, que habitaba de la otra parte del Jordan. Y cuando combatian contra vosotros los entregué en vuestras manos y os poseionásteis de su tierra, y los pasásteis á cuchillo. Y se levantó Balac, hijo de Sefor, rey de Moab, y peleó contra Israel. Y envié á llamar á Balaam, hijo de Beor, para que os maldijese, y yo no quise escucharle, sino al contrario, por

boca de él os bendije y os libré de su mano. Y pasásteis el Jordan y llegásteis á Jericó. Y pelearon contra vosotros los hombres de aquella ciudad, el amorreo, y el ferezeo, y el cananeo, y el heteo, y el gergeseo, y el heveo, y el jebuseo, y los entregué en vuestras manos. Y envié moscardones delante de vosotros, y los eché de sus lugares á los dos reyes de los amorreos, no con tu espada ni con tu arco. Y os di la tierra que no labrasteis, y las ciudades que no edificasteis, para que habitaseis en ellas; las viñas y los olivares que no plantasteis. Ahora pues, temed al Señor y servidle de corazón perfecto y muy sincero, y quitad allá los dioses á quienes sirvieron vuestros padres en la Mesopotamia y en Egipto, y servid al Señor. Pero si os parece malo servir al Señor, se os da á escoger: elegid hoy lo que os agrade, á quien principalmente debais servir, si á los dioses á quienes sirvieron vuestros padres en la Mesopotamia, ó á los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitais; que yo y mi casa serviremos al Señor.» Y respondió el pueblo y dijo: «Lejos esté de nosotros que abandonemos al Señor y sirvamos á dioses ajenos. El Señor Dios nuestro él mismo nos sacó á nosotros y á nuestros padres de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre, é hizo á nuestra vista grandes prodigios, y nos guardó en todo el camino por donde anduvimos y en todos los pueblos por donde pasamos. Y echó á todas las gentes, y al amorreo, morador de la tierra en que nosotros hemos entrado. Serviremos, pues, al Señor, porque Él es nuestro Dios.» Y dijo Josué al pueblo: «No podreis servir al Señor, porque es un Dios santo y celador fuerte, y no perdonará vuestras maldades y pecados. Si abandonáreis al Señor y sirviéreis á dioses ajenos, se volverá contra vosotros y os afligirá, y destruirá despues los bienes que os ha hecho.» Y dijo el pueblo á Josué: «No será así como dices, sino que serviremos al Señor.» Y Josué respondió al pueblo: «Vosotros sois testigos de que vosotros mismos habeis escogido al Señor para servirle.» Y respondieron: «Testigos somos.» «Ahora bien, añadió: quitad los dioses ajenos de en medio de vosotros y humillad vuestros corazones al Señor Dios de Israel.» Y dijo el



pueblo á Josué: «Al Señor Dios nuestro serviremos y seremos obedientes á sus preceptos.» Hizo, pues, Josué alianza en aquel día con el pueblo, y le propuso los preceptos y las leyes en Sichem. Escribió también todas estas cosas en el volumen de la ley del Señor, y tomó una piedra muy grande y la asentó debajo de una encina que estaba en el santuario del Señor. Y dijo á todo el pueblo: «Hé aquí: esta piedra os servirá de testimonio de que ha oído todas las palabras que el Señor os ha hablado, para que despues no os venga la gana de negarlo ni de mentir al Señor Dios vuestro.» Y despidió al pueblo, para que cada uno se fuera á su posesion (1).

Hemos dicho, y Josué escribió todas estas palabras en el libro de la ley de Dios. Este es el libro de Moisés, que, ya en el Antiguo Testamento, ya en el Nuevo, aparece siempre como un solo libro, aunque despues, para hacer más fácil su estudio, se le haya dividido en cinco, con capítulos y versículos. Las palabras que Josué añadió en él forman lo que ahora se llama el libro de Josué. Estos dos libros no constituían desde luego más que uno, como el acto que describen no es más que uno: la liberacion de la posteridad de Jacob, su introduccion en la tierra de Canaan, prometida por una parte y ejecutada por otra. Lo que Josué escribió comienza naturalmente al final, quizá también antes del último capítulo del *Deuteronomio*, en donde se cuenta la muerte de Moisés, y concluye con el pasaje en que nos encontramos. Cuando le escribió, Rahab de Jericó vivía todavía, porque hé aquí cómo habla: «Josué salvó la vida á Rahab la ramera, á la casa de su padre y á todo lo que estaba en ella; y ha habitado en medio de Israel hasta este día, porque habia ocultado á los hombres que habian sido enviados para explorar la ciudad de Jericó (2).»

Se ve por el texto original, que estas palabras, y ella ha habitado en medio de Israel hasta este día, se refieren directamente á Rahab y no á la casa, que en el hebreo es del género

(1) Josué, 24.
(2) Ibid., 6, 25.

masculino, mientras que el verbo está allí en femenino.

Y despues de esto, Josué, hijo de Nun, siervo de Jehová, murió á la edad de ciento diez años. Y se le enterró en los confines de su posesion, en Thamnath-Saré, que está situada sobre el monte de Efraim, hácia el lado septentrional del monte de Gaas. Segun lo hemos dicho ya, el lugar de la sepultura de este grande hombre es llamado en el libro de los Jueces *Thamnath-Harés, semejanza del sol*. Segun una tradicion de la sinagoga, habia un sol encima del monumento de Josué, para indicar á las futuras generaciones que esta era la tumba del que pudo detener el curso de este astro. Entre los antiguos se colocaba siempre sobre la tumba lo que distinguía la vida del difunto: La version de los Setenta añade: «Depositaron allí con él, en el monumento en que le sepultaron, los cuchillos de piedra de que se habia servido para circuncidar á los hijos de Israel en Gálgala, despues que les condujo á este lugar desde Egipto, segun la orden que el Señor le dió, y todavía están allí hasta este día (1).»

También se sepultaron los huesos de José, que los hijos de Israel habian traído de Egipto, en Sichem, en la parte del campo que Jacob habia comprado á los hijos de Hemor, padre de Sichem, por cien corderas, y quedó despues en posesion á los hijos de José.

Murió asimismo Eleazar, hijo de Aaron, y le enterraron en Gabaath, ciudad que pertenecía á Fineés, su hijo, y le fué dada en el monte de Efraim (2).

El Espíritu-Santo ha hecho el elogio de Josué por boca del hijo de Sirac:

«Jesús de Navé, fuerte en la guerra, sucesor de Moisés en la profecía, él fué grande segun su nombre. Máximo en salvar á los escogidos de Dios, en derrotar los enemigos que se le oponían, para que Israel lograra la herencia. ¿Cuánta gloria alcanzó alzando sus manos y revolviendo su espada contra las ciudades? ¿Quién antes de él combatió así? ¿Por qué el mismo Señor le puso en las manos los enemigos? ¿Por

(1) Josué, 24, 30, segun los Setenta.
(2) Ibid., 24, 29, 33.



ventura no se detuvo el sol en fuerza de su ira y fué un día como dos? Invocó al Altísimo poderoso cuando combatía á los enemigos por todas partes, y oyó el grande y santo Dios enviando piedras de granizo muy duras y pesadas. Se arrojó con ímpetu sobre una gente enemiga y derrotó en la bajada á los contrarios para que conociesen las naciones su poder, porque no es cosa fácil pelear contra Dios. Y fué en pos del Omnipotente; y en los días de Moisés hizo misericordia él y Caleb, hijo de Jefoné, haciendo frente al enemigo, y deteniendo al pueblo de pecar, y ahogando su maliciosa murmuracion. Y cogidos estos dos, fueron librados de peligro entre el número de seiscientos mil hombres de á pié para introducirlos en la herencia, en la tierra que corre leche y miel. Y dió el Señor á este mismo Caleb fuerzas y se conservó en vigor hasta la vejez para subir á un lugar elevado de la tierra, y su posteridad la poseyó por herencia, para que viesan todos los hijos de Israel que es bueno obedecer al santo Dios (1).»

Una gloria particular de Josué, ó Jesús de Israel, es el haber sido una gloriosa figura del Jesús ó Josué de la humanidad. Moisés, este hombre de tantas maravillas, de tantos trabajos, muere á la vista de la tierra prometida, en donde no le es dado entrar. Josué solamente entra en ella, y entra en ella vencedor. La ley de Moisés, por buena, por maravillosa que sea, no conducirá á la perfeccion; es la sombra, la preparacion de una ley mejor y más perfecta que debe sucederla, como Josué sucede á Moisés. ¡Cosa admirable! Si Moisés no entra en la tierra deseada, adonde conduce al pueblo, es en castigo de su poca fe en una ocasion solemne. La Escritura no hace mencion de ninguna falta de Josué. Siempre nos le muestra como un modelo completo, digno en un todo de figurar en sus victorias al que es la perfeccion misma.

Josué era el destinado por la inmensa sabiduría é infinita bondad de Dios á entrar en la tierra prometida, esperanza de las generaciones cautivas en Egipto, y de las que, bajo la pala-

(1) Ecl., 46, 1-12.

bra del mismo Dios, trasmitida por Moisés, anhelaban el supremo momento de su glorioso triunfo.

Josué, el modelo de toda virtud, el caudillo santo, no era sino una figura de Aquel que habia de venir á poner de manifiesto á todas las gentes la patria del eterno bien.

«Era este, dice Bossuet, el que habia de introducir el pueblo de Israel en esa tierra que mana leche y miel (1), tantas veces prometida á sus padres, que Moisés le habia sacado de Egipto y le habia hecho pasar el mar Rojo. Pero ¡oh maravilla de la divina sabiduría! ninguno de los que se habian puesto en marcha bajo Moisés para llegar á esta tierra entró en ella, exceptuando dos (2). Moisés mismo no la saludó sino de lejos, y Dios le dijo: «*La has visto con tus ojos, y no pasarás á ella;*» y murió allí Moisés, siervo del Señor, al instante, mandándolo el Señor (3).» A fin de que se entre en la tierra prometida, es necesario que Moisés espere y que la ley sea sepultada con él en un sepulcro desconocido para los hombres, á fin de que no se vuelva jamás á ella y que no se sometan á sus disposiciones. El antiguo pueblo que pasó el mar Rojo y que vivió bajo la ley, no entra en la celeste patria; la ley es muy débil para introducir en ella á los hombres.

«No es Moisés, es Josué, es Jesús (porque estos dos nombres no son más que uno), el que debe entrar en la tierra y asignar en ella la herencia al pueblo de Dios (4). ¿Qué tenia Josué de excelente, para introducir el pueblo en esta tierra bendecida, más que Moisés? No era este sino su discípulo, su siervo, su inferior bajo todos conceptos; no tiene más que el nombre de Jesús, y en la figura de Jesús es en la que nos introdujo en la tierra. Entremos, pues, teniendo como tenemos á Jesús á nuestra cabeza, entremos á favor de su nombre, en la dichosísima tierra de los vivos. Yo quiero, dice, prepararos el lugar (5): asignaré á cada

(1) Núms., 13, 28.
(2) Ibid., 14, 22 y 23.
(3) Deut., 34, 4 y 5.
(4) Ibid., 9, Josué, 1, 2-8.
(5) Joan, 14, 2.



uno la porcion que lehabrá sido destinada; hay muchas moradas en la casa de mi Padre. Jesús nuestro precursor, ha entrado para nosotros (1), y la entrada nos está abierta por su sangre. Démonos, pues, prisa á entrar en este eterno reposo (2); abreviemos, pues, no nos detengamos.

(1) Hebr., 9, 24.
(2) Ibid., 4, 11.

El camino que nos está abierto, dice San Agustín, no tolera gentes que retroceden, no permite gentes que se detienen; y si no se avanza siempre en tan pendiente sendero, sin hacer continuos esfuerzos, se vuelve á caer por su propio peso (1).»

(1) Bossuet, Elevations sur les mysteres, 9 sem., 10 elevat.

CAPÍTULO VI

Los jueces.—Conducta del pueblo de Israel en Palestina, imágen de la conducta de los cristianos.—Ojeada sobre la historia de los jueces.—Guerras parciales contra los cananeos.—Las tribus de Judá y de Simeon dan principio á estas guerras.—Toma y tratamiento de Adonibese.—Toma de Jerusalem.—Herencia de los cineos.—Sumision parcial de los filisteos.—Inaccion de la tribu de Benjamin.—Toma de Bethel por las tribus de Manassés y de Efraim.—La mujer del levita.—Guerra de Gabaa.—Matanza de los benjamitas.—Se dan mujeres á los que quedan.

Nos hemos ocupado hasta aquí de los patriarcas del género humano y del pueblo escogido. Adam, creado por Dios, comprendiendo en sí á todos los hombres, caído por la astucia de la serpiente, pero recibiendo para él y para toda su posteridad la promesa del Redentor; Abel, figura del Redentor prometido, pastor y sacerdote, muerto por su hermano, y como resucitado en Seth y en sus religiosos descendientes; Henoch, llamando hácia Dios á sus contemporáneos, prediciéndoles el futuro juicio, trasportado al fin, cómo testigo del mundo primitivo, para volver en los últimos tiempos á predicar la última penitencia y anunciar el último juicio á los últimos hombres; Noé, segundo padre del género humano, al que salva en su arca y por quien ofrece un sacrificio y obtiene las bendiciones y la alianza del cielo; Seth, ascendiente bendito de quien es bendito en todos los tiempos; Melchisedec, sacerdote del Altísimo, figura profética del sacerdote Eterno, verdadero rey de justicia y de paz; Abraham, vástago bendito de aquel en quien serán benditas todas las naciones de la tierra; Isaac, que le representa en su sacrificio; Jacob, que anuncia nacerá de Judá; José, que le representa en su abatimiento y en su gloria; Job, que le imita en sus sufrimientos; Moisés, en sus prodigios, en sus trabajos para establecer una nueva ley y formar un pueblo; Aaron, en su sacerdocio; Josué, ó Jesús, en un mismo nombre, y en que sólo él llevó á su pueblo á la tierra prometida.

Vamos ahora á ver á ese pueblo depositario de las promesas divinas; vamos á verle ahora

contemporáneo de todos los pueblos, de los egipcios, de los fenicios, de los asirios, de los medos, de los persas, de los griegos y de los romanos, como hoy lo es de los rusos, de los turcos, de los alemanes, de los franceses, de los españoles, etc., mezclándose con todos y no confundiendo con ninguno. En él hallaremos la cadena viva de la historia de la humanidad, á la que vendrán á enlazarse, como otros tantos eslabones, todas las historias particulares de los pueblos, para no formar más que un inmenso tejido, ó como un cuadro de jeroglíficos, en el cual cada uno podrá leer, con la historia de la humanidad, su propia historia particular. ¡Cuántas veces se admira el cristiano de que un pueblo que procedía de los patriarcas, y que habia sido libertado de la esclavitud por un continuo prodigio, alimentado con el maná del desierto, instruido en la ley por Moisés y conducido por Josué á la tierra de promision, fuera aún tan imperfecto y cayera con tanta frecuencia en las mismas faltas! Y este cristiano que así se expresa, ¿no ve que esta es su propia historia? Nacido de Dios por el bautismo, libertado de la esclavitud del infierno, alimentado con el verdadero maná del cielo, iluminado con las luces del Evangelio, llevado por el verdadero Jesús á la verdadera tierra prometida, y colmado de más favores que el antiguo pueblo, se ve sin embargo tan imperfecto como este, y sucumbe tambien en las mismas imperfecciones.

De esta suerte el pueblo de Israel terminó la terrible peregrinacion del desierto y venció